

Diógenes

Noticiero

RÁNQUIL.

En el ánimo del público, que se formó un criterio sólo a través de las informaciones de la prensa, quedó una sensación de horror y de repudio hacia los campesinos que de hecho se rebelaron contra la autoridad para asaltar las casas de algunos habitantes acomodados de la región cordillerana del alta Biobío. Se consideró a esa gente una especie de montonera formada por maleantes que ponían en práctica las descabelladas ideas de algunos agitadores profesionales. Los diarios de la época hablaron profusamente de aquellos trágicos sucesos, calificando con los más duros epítetos a toda esa gente que había desencadenado una verdadera ola de horror en toda la región, asesinando a niños y viejos y ultrajando a las mujeres con una ferocidad sin igual.

En realidad este era un aspecto de aquellos insólitos acontecimientos. Pero en esas informaciones periódísticas no se explicaban las causas de aquella rebelión, sino que la presentaban como inesperadas fechorías de un bandidaje que surgía repentinamente en aquellos parajes hasta entonces completamente tranquilos y seguros para la vida de sus habitantes. En este voluminoso libro de Reinaldo Lomboy, que acaba de lanzar a la circulación la Editorial Orbe, conocemos ahora el origen de aquellos hechos. El penoso proceso de un problema agrario en cuyo desarrollo se va ahondando, en forma manifies-

ta e irritante, la injusticia social de un medio egoísta y cruel, en el que los pobres que trabajan la tierra, entregándole día a día el sudor de su esfuerzo, tienen siempre la peor parte.

El caso no es en manera alguna una novedad. En distintos rincones de Chile ha ocurrido algo parecido. Los campesinos que se establecieron en tierras fiscales completamente improductivas, se dedicaron a desmontarlas, a cultivarlas, entregándoles una vida entera. Y más que eso: la vida del padre y del abuelo que dejaron allí los huesos luchando con la inclemencia del clima y contra todas las dificultades de una naturaleza hostil, hasta formar la pequeña propiedad con su casa, su huerta, sus tierras descampadas y fáciles para la labranza. Es el momento en que todo aquel esfuerzo despierta la codicia del terrateniente, del poderoso vecino que posee enormes cantidades de suelos, pero que comienza a cavilar en la forma cómo le quitará sus bienes al pobre, sabiendo que éste no tiene sobre su campo otros títulos que los de su esfuerzo y su constancia, pues jamás se acercó a una notaría para legalizar en un documento sus derechos de posesión. Pero el rico latifundista tiene en su mano todos los medios de adquirir esos derechos; si no existen, se inventan. Para eso están los tinterillos y los abogados del tres al cuarto que vegetan en las provincias y que están siempre dispuestos a servir al rico agricultor, enredando las leyes en una espesa y complicada maraña de papeles que sirven para dar apariencia legal a lo que no es más que simple rapacidad.

Lomboy conoce bien a las gentes de Ranquil. Y conoció también en lo profundo el origen bien justificado de aquella rebelión, en que seguramente hubo muchos inocentes que pagaron las culpas de los grandes pecadores. Pero los inocentes fueron en realidad los menos. También los numerosos pulperos que instalaron por allí su negocio debían a los campesinos de Ranquil una larga cuenta de latrocinios y de abusos, ganándose el quinientos por ciento en las mercaderías que les vendían. Y

allí, como en el caso que pinta *Ciro Alegría* en su novela «El mundo es ancho y ajeno», los pobres engañados por los tintorillos, que no conocen otra moral que la de un fajo de billetes, fueron derrotados. La usurpación legalizada se convertía en derecho. De este modo, los campesinos que habían dejado su sangre y su sudor sobre aquellos terrones se convertían en desvergonzados ocupantes de una tierra que no les pertenecía. La fuerza pública llegó entonces a lanzarlos al camino, a quemarles la casa, a dejarlos sin más abrigo que el cielo inclemente. Animales, míseros enseres, la cama en que llegaban a reposar después de las rudas tareas, quedaban junto con los chiquillos hambrientos y las mujeres llorosas sin otro refugio que el camino, que para ellos ya no los conducía al hogar.

Reinaldo Lomboy describe bien esta dura realidad, este atropello del fuerte hacia el débil. Es sensible que en su calidad de novelista, de creador artístico, dé a sus páginas, a ratos, un tono de sermón, de discurso demagógico. No hace falta. Los hechos que forman la substancia de su libro tienen por sí solos mucho más fuerza que las argumentaciones más apasionadas. Tienen la elocuencia de una vida brutal que rezuma injusticia y dolor. Y eso es más que suficiente.

ME LLAMAN CASANDRA.

La señora *Genevieve Tabouis*, ha tenido en realidad un destino singular que sólo se parece en parte al de la hija de *Príamo* y de *Hécuba*. Por su ingratitud, aquella *Casandra* de la mitología fué condenada a que nadie creyera en sus predicciones. En cambio esta moderna *Casandra*, que llenaba todos los días una columna del famoso diario parisiense «*L'Oeuvre*», en los que formulaba sus vaticinios acerca del resultado que tendría la marcha de los acontecimientos políticos de Europa, ha tenido la triste suerte de ver que sus más terribles predicciones se han cumplido y que los incrédulos no tuvieron más